



ANEXO 12.1.

DOS PROPUESTAS PARA VIVIR LA VIDA Y ORGANIZAR LA SOCIEDAD

El libro del Génesis comienza diciendo: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. **La tierra era caos y confusión y oscuridad** por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas”* (Gen 1,1-2).

Es importante porque el génesis dice que la “creación” de Dios es respuesta al caos. La “obra creadora” de Dios no empieza de la nada, sino del caos. En los relatos míticos del Génesis, la acción creadora de Dios no consiste en sacar cosas de la nada; consiste en poner orden en el caos.

Muchas veces hemos pensado que Dios creador es el que saca cosas de la nada y nos lo imaginamos casi como un gran mago sacando conejos del sombrero; la creación de Dios consiste en esa acción portentosa de un Dios superpoderoso que puede hacer surgir cosas de la nada.

Pero no es eso lo que dice el texto... Dios creador es el que quiere que haya un orden que modifique el caos; es el Dios que “ve” la realidad y descubre que es un caos; “oye” un clamor del pueblo; entonces “responde” a esa realidad proponiendo un orden que permita que la vida sea buena para todos y todas. ¡Recordemos lo que trabajamos sobre el éxodo!

Surgen, entonces, dos preguntas: ¿cuál es el caos que ve Dios? y ¿cuál es el orden que propone Dios?

El caos no es fruto de la casualidad; es fruto de un sistema social, económico-político, que lo provoca y lo mantiene. El documento de Puebla, al contemplar la realidad de nuestros pueblos latinoamericanos, afirma: *“Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria”* (DP 30).

También afirma: *“Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos”*. La Conferencia de Medellín apuntaba ya la comprobación de este hecho: *«Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte»* (DP 87-88).

Entonces nos preguntamos: ¿cuál era ese caos? ¿Quién lo provocaba? ¿Qué consecuencias tenía para la vida del pueblo? ¿Cuál es clamor que Dios escucha? ¿Cómo responde Dios a ese clamor?

La versión final del Génesis se escribe durante la dominación del imperio griego, aunque algunos relatos y mitos vienen desde más antiguo y algunos se sitúan durante la dominación del imperio persa.

Este es el caos al que Dios quiere responder. Es el caos provocado por el imperio griego, o el persa, o el romano o el neoliberal. La encíclica “Laudato Sii”, para hablar de la creación hoy parte del imperio neoliberal y del caos que está provocando.

Los relatos del Génesis son mitos para encontrar y dar sentido al caos que produjo el imperio griego. ¡Recordemos lo que vimos al trabajar esa época de la historia del pueblo!

¡Atención! Explican lo que estaba pasando durante la dominación helénica. El objetivo no es ofrecernos una narración de lo que sucedió en el principio; sino una ayuda para encontrar sentido a lo que se está viviendo y a cómo vivir. No es un libro de ciencias naturales para explicar el origen del universo, sino una reflexión provocada por la experiencia de fe sobre cómo situarse en la vida y cómo comprometerse con ella.

El autor recogió estas tradiciones populares y las utilizó para transmitir un mensaje religioso sobre el sentido de la vida, que era lo único que le interesaba.

En una reciente encuesta en los Estados Unidos, se constató que el 44 % de los habitantes sigue creyendo que la creación del mundo ocurrió tal cual como lo dice la Biblia. Y muchos, aferrándose a los detalles de estas narraciones, se escandalizan ante las nuevas teorías sobre el origen del universo, la aparición del hombre y la evolución.

El redactor bíblico ¿se escandalizaría si viera que hoy sustituimos esos esquemas por el modelo mucho más probable del Big Bang y el de la formación evolutiva del hombre? ¡Por supuesto que no!

Nuestra información sobre el Universo DEBE VENIR DE LA CIENCIA, no de la religión.

El sentido de nuestras existencias es lo que DEBE APRENDERSE EN LA EXPERIENCIA DE FE.

La experiencia de fe tiene ese objetivo: educar al ser humano, darle los referentes adecuados para que entienda el sentido de la existencia y se oriente en ella.

Por eso es necesario, buscar la verdad sin conceptos preconcebidos y estar atentos a lo que dice el texto y al contexto en que se escribió.

En los primeros tres capítulos del Génesis encontramos dos propuestas diferentes de cómo vivir y cómo situarse frente a la realidad. No son historias que suceden una después de la otra, sino mitos con propuestas distintas sobre la construcción de la vida y la sociedad. Si fueran historias reales que suceden una detrás de la otra, tendríamos que aceptar que Dios creó dos veces el mundo (Gen 1 y 2).

En los capítulos 1 y 2 encontramos la propuesta que viene de Dios y en el capítulo 3 encontramos otra propuesta diferente.

¡Un caos...!

Esta otra propuesta es la que el texto juzga como un caos; es la realidad que vive el pueblo, desde la que clama y a la que quiere responder.

En el relato, es la serpiente la que hace esta propuesta; es *“el más astuto de todos los animales”* (3,1). La serpiente, en muchas tradiciones antiguas, representa astucia y hasta sabiduría; la mujer vio que *“el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría”* (3,6). Recordemos como en el símbolo de los médicos aparece una serpiente. Es la *“vara de Asclepio”* que viene de un mito griego en la que hay dos serpientes enlazadas, porque la serpiente mata y da vida.

Es que la serpiente representa la sabiduría del poder... la sabiduría del poder que encarnan los imperios... Recordemos las imágenes de los faraones; ¡en su gorro aparece la serpiente! Esta propuesta, la del capítulo 3, es la propuesta del poder, la propuesta que viene de los poderosos, de los imperios.

Lo central de esta propuesta es la divinización del poderoso, *“serán como dioses”* (3,4). Los faraones y emperadores siempre han querido divinizarse; se sienten dios y quieren ser tratados como dioses. El faraón decía que era hijo de Dios, igual que Salomón; el emperador romano se hizo llamar Augusto que era el nombre que daban a los dioses en Roma; Alan García dijo que consultó directamente con Dios para soltar a los narcotraficantes, etc.

Pero cuando aceptamos esta propuesta, todos y todas nos sentimos un poquito dioses y diosas; nos sentimos superiores a los demás y queremos que nos traten como superiores; queremos decidir por nosotros mismos lo bueno y lo malo (3,5) sin tener en cuenta a nadie más; queremos dominar todo y todos; controlar todo y todos.

Como yo quiero ser Dios, se pervierte la relación con Dios; *“el hombre y la mujer se esconden de Dios”* (3,8); Dios es visto como un enemigo y le *“tenemos miedo”*, nos da miedo mostrarnos ante Él como somos (3,10); la relación con Dios ahora está marcada por la *“culpa”*, culpándonos o culpando a otros (3,12-13); ahora Dios es el que *“prohíbe”* y al que hay que *“obedecer”* (3,11) para no ser *“castigados y*

condenados” (3,23); Dios y los humanos se volvieron rivales y enemigos (3,22). El ser humano pervierte la religión como instrumento de dominación.

Por eso, en esta propuesta, el varón domina a la mujer y la destruye: *“tenderás hacia tu marido y él te dominará”* (3,16); los seres humanos no se ven como parte unos de los otros, sino como alguien con el que nos impusieron vivir sin que nosotros lo queramos (3,12); las relaciones humanas están marcadas por el dolor y la fatiga (3,16); se viven relaciones de rivalidad y competencia y no de cooperación (3,12-13). Son relaciones de muerte y no de vida (3,22). Queremos ser eternos, inmortales, sin límites (3,4) pero entablamos relaciones que matan, que excluyen, que culpan, que dominan... que acaban con la vida.

En esta propuesta, el ser humano domina a la naturaleza y la convierte en desierto. No la reconoce como la Pachamama, la madre tierra; no se reconoce como “Adam”, hijo de “Adama”, la tierra fértil de la que nació. No se siente llamado a “cuidar y cultivar” (2,15) sino que quiere “dominar” (1,26) y someter (1,28). En su relación con la naturaleza no se guía por el respeto y el cuidado sino por sus “apetencias y deseos” (3,6); no acepta límites (3,3), sino que la quiere usar para satisfacer sus apetencias de poder. La tierra se vuelve “maldita” (3,17), infértil (3,18), difícil para conseguir el alimento diario (3,17). De tierra fértil, vientre fecundo (2,7) del que nacimos y nos volvimos vivientes, se convierte en polvo de sepultura (3,19).

En la propuesta del poder, el ser humano se somete a sí mismo, ansioso de poder, y se destruye en múltiples intentos de ser lo que no es a través del poder. Quiere ser Dios y se descubre desnudo (3,7); quiere dominar la tierra y la destruye y se destruye; quiere mandar a los demás y está siendo dominado. Miente, oculta, se esconde, culpa, pero está lleno de miedos, temores y vergüenzas.

Así es la vida de los pueblos cuando domina la propuesta del poder de los imperios.

La armonía

La otra propuesta, la del capítulo 2, es la respuesta de Dios al caos; nace de esa realidad y responde a esa realidad.

Es la que “viene de Dios”; es decir, la que nace de una determinada experiencia de Dios que este pueblo ha vivido desde la experiencia del éxodo en que nacieron como pueblo para la libertad y la vida. Por eso se expresa como “la obra” que Dios hace o “la palabra que Dios dice”.

Esta propuesta tiene como núcleo la relación, la articulación, la convivencia. Se expresa a través de cuatro relaciones esenciales con un solo estilo o esencia: la armonía. Es una sola postura frente a la vida que se vive en cuatro niveles diferentes pero articulados entre sí.

La primera relación es la relación con Dios. La propuesta es ver a Dios como Padre y relacionarnos con Él como hijos con su padre (2,7). Somos hijos de la tierra y de Dios; somos fruto del abrazo de Dios con la tierra. Por eso la relación con Él se vive en la confianza; no como poder amenazante sino como amor cercano. Es un Dios cercano, presente en medio del jardín y el ser humano conversa con Él (3,8). La divinidad no está para juzgar y condenar sino para ayudar a encontrar el sentido de su existencia. Quiere y busca la felicidad del ser humano (2,18).

La segunda relación es con los otros seres humanos, que en el relato se concretiza en las relaciones de género, varón-mujer. La propuesta es entablar relaciones de fraternidad / sororidad, de hermanos y hermanas porque todos y todas somos hijos de la tierra y de Dios; tenemos el mismo Padre y la misma madre (2,7). Somos carne y huesos unos de otros (2,23). Esto nos lleva a vivir relaciones en un plano de igualdad; somos diferentes, pero la diferencia no significa superioridad e inferioridad, simplemente diferencia. No estamos llamados a la soledad sino a la convivencia que produce vida (2,18). Estamos llamados a ser ayuda mutua adecuada (2,20); somos complemento, costado, costilla, al mismo nivel (2,21-23). Si la mujer hubiera sido hecha del hueso de la cabeza, sería superior; si hubiera sido hecha del hueso del pie, sería inferior; pero si fue hecha de la costilla, entonces está al mismo nivel y es parte de mí; el otro, la otra, es mi costilla. Incluso, en el mito, es el varón el que deja su casa y se va a casa

de la mujer, reflejando una sociedad matriarcal y no patriarcal (2,24). Las relaciones de unos con otros son sinceras, transparentes, sin ocultamientos, ni engaños ni apariencias (2,25).

La propuesta contiene una tercera relación, que es la relación con la naturaleza, el cosmos. Somos hijos de la tierra; no venimos del cielo sino de la tierra; es nuestra madre. La vida la hemos recibido de la tierra fértil (Adama) y del soplo de vida de Dios; por eso resultamos vivientes (2,7). Somos parte de esa vida; somos todo con todo lo que forma la vida. Por eso esta relación se vive en una dinámica de cuidado mutuo (2,15); somos responsables del cuidado de la tierra que primero nos cuidó para que pudiéramos existir y ser. Esa relación se vive dentro de los límites que piden el respeto y la justicia (2,16-17); respeto que pasa por reconocer y valorar la identidad del otro (2,19-20). “Pronunciar el nombre” del otro, exige el reconocimiento del otro; yo no puedo ponerle arbitrariamente el nombre que yo quiera. Este es el problema con los apodos; yo le quiero imponer el nombre que yo quiero y, así, le impongo una identidad que no es la suya. Lo vemos en el momento en que Dios “lleva a la mujer ante el hombre” y este la reconoce: *“Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* y sólo después de reconocerla pronuncia su nombre (2,23). En esto consiste ser “imagen y semejanza” de la divinidad (1,26); es ser imagen de la trascendencia como cuidadores de la vida en medio de la vida.

La última relación es la relación con nosotros mismos, con nosotras mismas. Esta relación consigo mismo, estamos llamados a vivirla en la autenticidad y la libertad. No somos Dios, somos “carne y hueso” como se reconoce Adán (2,23). Nos reconocemos en el otro y en la otra como se reconoce Adán frente a Eva. Nos reconocemos reconociéndonos en nuestro propio ser, reconociendo nuestras potencialidades y límites como ellos antes de la propuesta de la serpiente. Al reconocernos y aceptarnos, también nos mostramos como somos sin temores ni vergüenzas (2,25).

La alternativa que descubriríamos en los relatos del Génesis, se repite constantemente. Constantemente nos enfrentamos a la necesidad de optar entre un modelo ecológico integral y un modelo excluyente y depredador. ¿Cuál es el modelo que le da sentido a nuestra vida y que nos guía al construir el sistema social?

Con otros términos, pero con la misma dinámica, se orienta el Sumaq Kawsay de nuestros pueblos andinos; el buen vivir que pasa por el buen convivir. Somos parte de un “gran todo” dentro del cual nos movemos y somos; es una relación de todo con todo, del mismo modo como sucede en nuestro Sistema Solar y en el infinito universo que nos sostiene. La espiritualidad no se orienta al más allá, sino al más acá; no se orienta a una salvación que viene del “cielo” y lleva al “cielo” sino a una nueva manera de vivir que permita el crecimiento de la vida cada vez más abundante.

ANEXO 12.2.

BIBLIA Y CONTEXTO: LA PALABRA BROTA DE LA TIERRA

Una pregunta fundamental que nos hacemos es: “Cuando hablamos de Dios, ¿de qué Dios hablamos?”. El encuentro con el texto bíblico nos va ayudando a tomar conciencia de las diversas imágenes de Dios que hemos ido construyendo junto con las imágenes, también construidas, de la sociedad, de las relaciones de género, de la relación con la naturaleza, de los procesos sociales y políticos, de nuestra vivencia de humanidad y desde ahí nos anima a la construcción de nuevas imágenes que ofrezcan sentido a la realidad que las personas vivimos hoy.

1. Cuando nos aproximamos al texto bíblico, ¿por qué nos aproximamos? ¿Cómo nos aproximamos? ¿Qué buscamos/encontramos?

Experimentamos que este es el desafío central, ya que ahí se encuentra todo nuestro imaginario y toda nuestra postura de fe en relación con la biblia.

Tiene relación con lo que entendemos por revelación e inspiración, todo lo que entendemos por la biblia como palabra de Dios y todo lo que entendemos por lectura bíblica.

En una concepción más tradicional, en la que todos nosotros y nosotras fuimos formados, nos acercábamos al texto bíblico porque es la “Palabra de Dios”; es decir ahí, en el texto, encontrábamos las palabras que Dios ha dicho para darnos a conocer su ser y su proyecto; son las palabras con las que Él ha revelado su verdad eterna. Por eso, en el texto bíblico buscamos y encontramos un elenco de verdades absolutas y eternas (porque Él las ha dicho) que nosotros debemos conocer, aceptar y creer (porque Él las ha dicho) y que nos ayudan a combatir todo el pecado, el error y el mal que existe en el mundo (porque van en contra de lo que Él ha dicho).

Aunque hemos sido formados y formadas en esta perspectiva, desde hace tiempo nuestro caminar nos ha llevado a otra concepción del texto bíblico y de la revelación. Tenemos ya un convencimiento total de que en el texto bíblico encontramos “la historia de un pueblo contada por los hombres y mujeres de ese pueblo”. Las personas de ese pueblo nos cuentan su historia y cómo en esa historia “encontraron a Dios” o hicieron la experiencia de Dios.

Esa historia, como la historia de todos los pueblos, está compuesta de logros y fracasos, de triunfos y derrotas, de avances y retrocesos, de aciertos y errores; todo eso se encuentra narrado en la biblia. Y ellos y ellas nos cuentan cuándo, dónde y cómo, en ese sube y baja de la historia, hicieron la experiencia de la divinidad y de cuál divinidad.

Esto trae consecuencias de muchos órdenes y desencadena una cascada de cambios que seguimos experimentando: gozando y sufriendo, esperando y temiendo, respondiendo y todavía preguntando.

La revelación, entonces, en la línea de los dos libros de san Agustín ¹, se da en la historia, en los acontecimientos y se da como una experiencia de Dios que realiza el pueblo en las circunstancias concretas de su historia. No se entiende más como un Dios que desde el cielo habla y revela verdades absolutas, sino como un Dios que está dentro de la historia, dentro de la realidad y suscita, desde dentro, una experiencia de relación que incluye al resto de personas (el pueblo) y que despierta compromisos de vida y liberación.

Como la realidad es cambiante, la “revelación” de Dios también y en cada momento de la historia el pueblo va descubriendo un nuevo rostro de Dios, que manteniendo algunos rasgos que siempre permanecen y constituyen como el núcleo de identidad, va también modificándose para ofrecer respuestas a las nuevas circunstancias de la vida. Así se descubre y experimenta a Dios en el hijo, en la tierra, en la libertad, en la defensa de los derechos, en la oposición a la dominación, en la defensa de la propia cultura, o en el pan compartido y los pies lavados, dependiendo de la realidad concreta, las necesidades vitales y las luchas emprendidas.

Junto con la imagen de los dos libros de san Agustín, nos es útil la imagen del “texto ventana” y el “texto espejo” de Paulo VI por lo que, cuando nos acercamos al texto, nos asomamos por la ventana para ver lo que está más allá del texto: la realidad, la vida, la historia. No nos aproximamos al texto para buscar verdades sino para buscar acontecimientos, vidas, experiencias, historias en las que aquel pueblo vivió su “descubrimiento”, su encuentro con Dios.

Por eso estos textos se vuelven “canónicos”, normativos, paradigmáticos. Encontrar historias nos remite a nuestra propia historia; constatar realidades nos permite constatar nuestra propia realidad y tomar conciencia; escuchar cómo vivieron ahí su experiencia de Dios nos invita a vivir nuestra propia experiencia en nuestra propia historia; identificar el “rostro” de Dios que experimentaron nos permite

¹ San Agustín decía que Dios nos ha regalado dos libros: el primero y fundamental es la vida, la realidad, la historia. Como, por causa del pecado nos volvimos ciegos y sordos, incapaces de encontrarlo en ese primer libro, nos regaló el segundo que es la biblia como ayuda para poder leer el primero.

confrontar nuestro propio rostro de Dios; constatar su compromiso por la vida nos anima en nuestro compromiso.

No son normativos porque haya que aprenderse y repetir al pie de la letra lo que ahí dice y el que no los sepa o no los crea está condenado. Son normativos porque nos invitan a repetir nosotros la dinámica de la experiencia que ellos vivieron. Así como ellos descubrieron a Dios en su contexto, y ante nuevos contextos descubrieron nuevos rostros de Dios, así nosotros necesitamos encontrar o descubrir a Dios en nuestra propia realidad y nuestro propio contexto. Nueva realidad, nuevo contexto, nuevo pueblo o comunidad, inevitablemente desemboca en nuevo rostro de Dios.

Es la experiencia de la relectura que constituye la trama de todo el texto bíblico; como Jesús que en su contexto releyó libremente y hasta modificó a Isaías quien, a su vez, en su propio contexto releyó libremente y hasta modificó, la memoria del éxodo.

Iniciaremos en “Elohim” y llegaremos hasta “Abba”... y hoy, ¿cómo?... ¿padre y madre? ¿Misterio? ¿Dios de múltiples presencias? ... Estaremos constantemente volviendo a vivir la experiencia de Jesús: “Ustedes han oído... les han dicho que... pero yo les digo...”.

2. Nuevas comprensiones, nuevos sentidos, nuevos símbolos

A partir de ahí es claro que cualquier tipo de lectura fundamentalista de los textos bíblicos es insostenible.

Las narraciones y discursos que encontramos, reflejan las condiciones reales de vida de la época, los acontecimientos vividos y las luchas o procesos sociales realizados para encontrar el sentido de la vida.

Es cierto que, tanto en el texto como ahora, encontramos a muchas personas, los y las más pobres, que no tienen ni tiempo ni recursos para buscar el sentido de la vida; solo tienen su fuerza, o la poca que les queda, para trabajar y sobrevivir. Pero sigue latente la pregunta por el sentido: ¿qué sentido tiene vivir así? Algunos, los y las más fuertes, luchan por darle un sentido o por transformarla para que tenga sentido.

La experiencia de Dios que realizan contribuye en esta búsqueda y construcción de sentido. Se procesa dentro de esta búsqueda y construcción de sentido. La experiencia de Dios que libera, que está de parte de los oprimidos y esclavizados, que llama al compromiso liberador y anima al mismo, les ayuda a descubrir que la vida solo tiene sentido si luchan por su liberación y los anima a una acción que los saque de su esclavitud. Y también es cierto que la constatación real de la esclavitud y la falta de sentido que esto tiene, el ansia de libertad y las incipientes organizaciones populares para conseguirla, posibilitan la experiencia de Dios como liberador. La experiencia de Moisés de ver y escuchar el dolor de su pueblo le posibilitará hacer la experiencia de Dios que ve, oye y conoce el sufrimiento del pueblo y se compromete en su liberación.

Más adelante descubrirán que la vida solo tiene sentido si se liberan de la tiranía de los reyes y vivirán la experiencia profética de Dios que propone volver a la experiencia tribal; o descubrirán que la vida sólo tiene sentido si logran volver a su tierra, de donde habían sido deportados y vivirán la experiencia de Dios que suscita un nuevo éxodo. Posteriormente, Jesús y su grupo descubrirán que, frente a la realidad del imperio, la única manera de darle sentido a la vida es la solidaridad, el compartir de los bienes y el servicio, y vivirán la experiencia de Dios “papito” de todos y todas que quiere una vida plena y abundante para sus hijos e hijas y lo expresarán con el símbolo del “Reino”.

Pero al mismo tiempo, el texto nos hace encontrarnos con otros grupos que construyen otro sentido para su vida; que encuentran el sentido en el poder cada vez más grande, en la acumulación cada vez mayor de riquezas, en la dominación sobre otros y la escalada en la pirámide social. Estos también construirán una imagen de Dios que legitime esa opción de vida y nos encontraremos con el Dios del templo, el Dios de los puros, el Dios culpabilizador que nunca se sacia de sangre para calmar su ira y exige sacrificios sin cesar, o el Dios que dice que solo una raza tiene derecho a la relación con él, o el Dios que excluye a las mujeres y a los pobres, el Dios que convierte la riqueza en signo de su bendición y la pobreza en signo de su maldición...

Estos grupos y estas experiencias de Dios también las encontramos en el texto bíblico, en esa narración del sube y baja de la historia de un pueblo de la que hablábamos antes. Si el texto bíblico fuera un elenco de verdades a aceptar, creer y memorizar, terminaríamos con una confusión mental y vital irremediable. Por el contrario, el texto nos narra estas experiencias y nos invita a optar, a decidir, a darle sentido a nuestra vida, a optar por un absoluto que le dé sentido a nuestras vidas, a abrirnos a la experiencia de Dios-sentido dentro de nuestro contexto. En esa confrontación de “dioses”, en la confrontación de absolutos que se nos ofrecen hoy para darle sentido a nuestra vida, ¿cuál es el absoluto por el que optamos como fuente de significado?

La fe, entonces, no es saber y creer en la “verdad” que tiene respuesta definitiva a todas las preguntas posibles que se le puedan ocurrir al ser humano; no es el manual de verdades que da certeza infalible. La fe es búsqueda insaciable de sentido, es la experiencia que anima a vivir de determinado modo, es la opción que orienta la existencia y que abre al compromiso de seguir buscando, de seguir experimentando, de seguir optando siempre en la provisoriedad de la vida, de seguir experimentando a Dios en el centro mismo de la vida.

Esta fe, esta experiencia de Dios-sentido, se expresará en la construcción de símbolos que manifiestan y alimentan ese sentido; pero serán siempre cambiantes, plurales, contextualizados, culturales. Así encontraremos a algunos que lo manifiestan en el símbolo de colocarse la palabra en las manos, en la cintura, en la frente, en la puerta; a otros que sentirán más fuerza en el símbolo de comer pan sin levadura y cordero; algunos más encontrarán sentido en el símbolo de circuncidarse, mientras que otros comenzarán a encontrar el sentido en el hecho de dejar de circuncidarse porque sienten que su significado se ha pervertido; mientras que algunos encuentran sentido en el símbolo de sentarse a la mesa común y compartir el pan para hacer la memoria de Jesús, otros lo encuentran en el hecho de lavarse los pies para hacer la misma memoria y otros, quizá, en el símbolo de bautizarse. Para algunos tiene mucha fuerza el símbolo del pastor o el sembrador, mientras que para quien nunca ha pisado más que el asfalto, tendrán poca relevancia y sentido y necesitarán de otros.

También nosotros y nosotras, hoy, tendremos que construir nuestros símbolos.

3. Dios en carne humana, dentro de la historia y de la realidad, situado en el lugar de los oprimidos y excluidos

Sintetizando todo esto, podemos afirmar que en el centro de la experiencia de Dios expresada en la biblia, se encuentra la experiencia radical de Dios en carne humana y dentro de la historia. Es cierto que desde su cultura, desde su cosmovisión y su comprensión de la vida y dentro de su experiencia evolutiva como pueblo, en el texto bíblico encontramos la afirmación del Dios altísimo, del Dios separado de la humanidad, pero en contraposición a esta imagen está la afirmación que recorre la experiencia bíblica de principio a fin: la divinidad está aquí entre nosotros; es necesario encontrarla aquí entre nosotros.

Se expresará con la imagen del Dios que “baja” para liberar en el Éxodo, o del Dios que “está tan cerca” en el Deuteronomio, o del Dios “niño” de Isaías, o del “esposo” de Oseas; para nosotros será fundamental la imagen del Dios “hecho carne, acampando entre nosotros”; presente y dejándose encontrar y acoger en los niños o en los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos y sin techo, por lo que puede afirmarse que “está con nosotros hasta el final de los tiempos” y que su nombre es “Emanuel” = Dios con nosotros.

Las imágenes son muchas y bellas, evocadoras de la afirmación central de la experiencia de Dios narrada en la biblia. A Dios hay que encontrarlo acá, la experiencia de Dios se realiza en la experiencia del encuentro humano en el camino, especialmente con quien se encuentra con la vida disminuida y amenazada.

Es el Dios que se experimenta en el hijo que salva de la esterilidad, la deshonra y el abandono; es el Dios que se encuentra en la tierra para poder vivir y alimentar el rebaño; es el Dios experimentado en la liberación de la esclavitud o en los líderes y las milicias populares para enfrentar al enemigo.

De acuerdo a las narraciones, especialmente la de Lucas, Jesús no hace experiencia de Dios en el templo, en el lugar del culto ni en el cumplimiento de las leyes de pureza excluyente; hace su experiencia de Dios en la realidad de la vida cotidiana: en los campos, las casas, las mesas y los caminos; descubre la presencia del proyecto de Dios en la mujer que exige justicia ante el juez o en la anciana que comparte hasta lo que no tiene, en el pastor que cuida a su oveja y en el campesino que siembra la semilla, en quien usa otros criterios más solidarios para pagar los salarios o en el compartir el pan.

Es el Dios cantado por las mujeres porque lo han encontrado como un Dios fiel y misericordioso en la historia, cuando la vida se revoluciona, caen los poderosos y los acaparadores ven como su riqueza amontonada se reparte.